

soldado nuevo, un humilde *tinterillo* del Teul, á quien le ha sonreído la fortuna.

1898.

CASTAÑAS CALIENTES

Noche por noche, en la estación de invierno, cuando Madrid está lleno de diversiones y atractivos sociales, vestíame de rigurosa etiqueta para las visitas y reuniones de ceremonia, y ya de frac y de corbata blanca, me envolvía en ancha capa española de vueltas rojas, me calaba un sombrero hongo y sin que nadie lo supiera, concurría una hora ú hora y media á oír los cantos flamencos en el salón de la calle del Barquillo.

El canto flamenco ejercía irresistible influencia en mi espíritu juvenil y nadie sospechaba que el asiduo concurrente á tan vulgar espectáculo, era nada menos que un Secretario de *Embajada* (como allá decían) disfrazado de la mejor manera posible para no manchar su rango.

¡ Qué sentimentales eran los versos que Paca la Roteña cantaba sollozando al doliente compás de una guitarra andaluza!

¡ Qué picaresecas y qué intencionadas eran las *jabe-ras*, *Soleás* y las *playeras* que Lola la *Zurda* entonaba moviéndose como una anguila y con toda la gracia de Dios en el cuerpo.

De tanto asistir al salón del Barquillo, me había sucedido lo que á todos los abonados constantes, es decir, había contraído relaciones de amistad y con-

fianza con algunos toreros, con algunas sastras y con no pocos granujas de todas clases que me ofrecían tagarninas del Estanco ó un poco de anís de Constantina, que consideraban como la mejor bebida para escuchar y entender el canto flamenco.

Al sonar las nueve de la noche, abandonaba yo aquel centro peligroso, y me iba directamente á un zaguán, frontero de la puerta del teatro, donde me esperaba un criado al cual le daba yo la capa y el sombrero hongo, en cambio del clac, del sobretodo, del cuello de piel y de los guantes de abrigo, propios de una persona decente.

Una vez armado caballero para las visitas aristocráticas, me acercaba á un puesto de castañas que en el mismo zaguán estaba desde muchos años atrás establecido, y una castañera joven, humilde y trabajadora, me ponía en cada una de las bolsas laterales del sobretodo, dos cuartos de castañas calientes. Entonces metía yo las manos en esas estufas improvisadas y aunque estuviera nevando y el viento del Guadarrama cortara como un vidrio atravesaba yo las calles y llegaba á los salones sin temor de que me tacharan de estar más frío que un cadáver.

Hay quién diga que el hombre es un animal de costumbres y yo aseguro que soy el más animal de todos mis congéneres en este sentido, pues de que doy en algo, trabajo me cuesta curarme de la manía de hacerlo siempre. Así, pues, no falté en ningún invierno á la observancia de aquel hábito de recoger las castañas calientes y de devolver las que me habían dado la víspera, pues juro por mi ánima que nunca me dió antojo de comerme lo que servía de tuero en mis chismeneas de bolsillo.

Como todo llega y todo pasa, sucedió que un día por circunstancias que no son para referirse, me ví obligado á separarme de la Villa y Corte á fin de volver á mi tierra.

La última noche que estuve en Madrid fui á despedirme de mis artistas flamencos, en el salón del Barquillo, y á la salida no pude menos que entablar un diálogo con mi antigua vendedora de castañas.

— Pepa, éstas son las últimas castañas que pones en mis bolsillos.

— No lo permita la Virgen del Carmen, señorito, pues qué ¿no ha de venir usted mañana?

— No, Pepa; mañana á estas horas ya estaré muy lejos de aquí, pues me vuelvo á mi tierra.

— La tierra de usted será Málaga ó Sevilla ó Granada, pero, ¿regresará usted pronto?

— Está mucho más lejos que todo eso; puedo asegurarte que es otro mundo.

— ¿Y se vá usted al otro mundo tan lleno de vida? Vamos que usted gasta unas bromas que no las comprendo. Morirse ¿V por qué? ¿si está usted tan sano!

— Pepa, me voy á México, esa es mi tierra.

— ¿México? pues Dios sabe dónde será; pero á mí me hace mucho daño que usted se vaya, porque de las castañas que usted se lleva en las bolsas todas las noches, salen el desayuno de mis hijos y el de mi madre, porque usted me da siempre tres veces lo que vale lo que le vendo y porque usted es mi buena sombra, y cuando no viene lo extraño y siempre que lo miro ir lo bendigo y le pido á Dios que le dé mucha salud, señorito.

— Me constaba que aquella era una mujer muy honrada y muy trabajadora, y como acababa yo de recibir mis viáticos de regreso en monedas de oro, brillantes y nuevas, me propuse dejarle una como recuerdo á mi constante vendedora.

— Toma, Pepa, le dije poniendo en su mano una moneda isabelina de diez escudos; que esto te sirva para abrigar á tus hijitos y á tu anciana madre en estos días de invierno en que yo no sé si el mar me sepultará en sus abismos.

Aquella pobre mujer, con su pañuelo amarrado en la cabeza, besó la moneda y alzando sus grandes ojos oscuros y llevándose las manos al pecho, agregó conmovida:

— Señorito, pero ¿es verdad que usted se va y que ya no he de verlo nunca?

— Pues es verdad, Pepa.

Entonces la castañera rompió á llorar y con voz entrecortada me dijo:

— Pues no es por la moneda, ni por nada, sino por todo lo que debo á usted con sus compras constantes y su atención para tratarme; pero crea que me duele el corazón como si se me fuera un padre. ¿A dónde está México? quiero saberlo para preguntar por usted y saber si ha llegado bueno.

En ese momento se presentó una mujer ya muy entrada en años, llena de arrugas; algo entorvada y á quien acompañaban tres chiquillos.

— Madre, dijo la castañera, el señorito que por tanto tiempo me ha dado dos reales todas las noches, se va para no volver nunca ¿qué haremos desde mañana?

La vieja alzó su rostro arrugado y con esa serenidad que dan la fé y la experiencia, le respondió tranquilamente:

— Pues pedirle á Dios todos los días que á él, á sus hijos y á sus padres los llene de bendiciones.

Muchas veces en mis horas de recuerdos vuelvo los ojos á aquellos días de Madrid, inolvidables por gratos y surge en mi pensamiento, frente al salón del Barquillo, aquel zaguán obscuro, aquella castañera humilde, aquella viejecita con su tez rugosa y los tres niños que le rodeaban y á quienes sin darme cuenta de ello hacía felices cada noche con una moneda de dos reales de vellón, es decir; diez centavos!

¿En qué precio más bajo hubiera podido comprar dos chimeneas de bolsa un secretario de Embajada?

Y en honor de la verdad, entre los pocos diamantes que yo he tenido, cuento las lágrimas de aquella mujer infortunada, con las manos cubiertas de sabañones, la tez tostada por el reflejo de la hornilla y á la que de vez en cuando algunos calaveras, parodiando los versos clásicos, le cantaban maliciosamente :

Al son de las castañas
que saltan en el fuego,
echa vino, muchacha,
beba Lesbia y juguemos.

Y como es costumbre en todo ser humano buscar y querer lo que ya no puede encontrarse, me ha sucedido alguna noche, cruzando frente á un zagáun obscuro, extrañar, no el puesto de castañas, sino aquella expresión inolvidable de gratitud y de cariño sincero, revelada en unas cuantas lágrimas.

EN UN VIOLÍN DE TRES REALES

(DE MIS MEMORIAS DE 30 AÑOS).

No han de ser pocos los que recuerden con cariño á un caballero alemán, de arrogante figura, de noble corazón y de honradez sin tacha, que amaba á México como si aquí hubiera nacido y hablaba de nuestras costumbres, de nuestras glorias y de nuestros pasados infortunios con tal entusiasmo y con tal ternura que bastaba escucharlo para quererlo.

Me refiero á Don Germán Sauberlich, quien con

laboriosidad y talento, hizo progresar y dió vida al antiguo y conocido Repertorio de Música de Nagel, establecido en la calle de la Palma.

Tarde por tarde, hace varios años, con pretexto de buscar piezas nuevas para que Margot las tocara en el piano, acudía yo al repertorio y me recreaba con la conversación de aquel noble caballero en cuyo semblante siempre había frescura y en cuyos ojos brillaba esa luz que revela la tranquilidad de la conciencia y la elevación del alma.

En cierta ocasión, cuando más entretenidos estábamos en nuestra charla, oyendo discurrir sobre el divino arte al inspirado, modesto y pensador Gustavo E. Campa, entró un personaje muy admirado y muy aplaudido en todo el mundo : Pablo de Sarasate.

Saludó á Don Germán, luego al maestro Campa y después á mí, mostrándose muy reconocido por los detestables versos que públicamente le había yo leído en el Teatro Nacional y por otros, no menos abominables, que le disparé á quemarropa en un banquete del Casino Español, y en seguida, á instancia nuestra, nos refirió sus impresiones sobre el público, el teatro y la ciudad de México, que le recordaba mucho á las de España.

Habíanse agrupado con nosotros el simpático hijo de Don Germán, y tres ó cuatro personas que escuchaban atentas al famoso compatriota de Gayarre. De pronto, Sarasate volvió el rostro y fijó los ojos en alguien que le sorprendió por su extrañeza. Era uno de nuestros indios, vestido con camisa y calzoncillo, con ancho sombrero de petate y calzado con huaraches, cargando en la espalda varios violines, de los cuales llevaba uno en la mano como muestra.

Sarasate, que no conocía ni sospechaba esta indus-

el mejor de los humanos, el sol de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad y de la misericordia, no surge á la vida envuelto en costosas telas, ni hospedado en riquísima alcoba, ni custodiado por los opulentos y los poderosos. Su padre es un obrero, su madre una casta doncella de Nazaret; su palacio un establo; lo calientan, respirando junto á su cuerpo, la mula y el buey, y festejan su advenimiento al mundo, los últimos en la escala social, los que soportan las fatigas más arduas y los más bruscos contrastes de la Naturaleza, para arrancar de la tierra el alimento de los hombres; los ignorados, los humildes, los que representan á las sociedades más primitivas y menos vanidosas: los pastores.

Anuncia una estrella á los reyes magos la aparición de ser tan misterioso, y llegan á visitarlo, deponiendo su corona, su cetro y su manto, ante el más despreciado pesebre; ellos que se sentaban en tronos de oro, que se cubrían con clámides de púrpura y armiño y movían á su antojo á los más ricos y valerosos vasallos.

El nuevo niño venía á cambiar el orden de las sociedades, á modificar las insensatas y tremendas leyes, á cimentar la paz, á fundar el derecho y la justicia, á levantar á la mujer de la triste condición de esclava y de concubina, al rango de esposa y de madre honesta, á maldecir la esclavitud, á instituir el gobierno y á santificar la igualdad, destruyendo castas, aboliendo títulos, no considerando obras meritorias, ni noblezas legítimas, fuera de la caridad, el amor, la fé, el perdón y la esperanza en otra vida.

Por esto el nacimiento de aquel niño, que cuando llegó á hombre predicó, practicó y selló con su sangre esas doctrinas, es la fiesta que conmemoran alborozados todos los pueblos; porque á todos les hizo beneficio; porque todos lo miran como el más santo de sus anales; y podéis recorrer toda la tierra, seguros

de que al llegar tan hermoso aniversario, dondequiera que os encontréis, seréis testigos del regocijo de los hogares y de las públicas alegrías del pueblo.

Y es que Jesucristo pertenece á todas las edades, á todos los gremios y á todas las naciones. Su perfección lo adapta á todo lo que tiene fin noble y todos lo aman, porque fué la personificación del bien, del amor y de la justicia.

En México se celebra en cada hogar la Noche Buena como la fiesta íntima en que se congregan los corazones que se aman. La familia se reúne para pasar la velada y mientras los niños gozan, sin pensar en los días que vendrán, los abuelos y los padres sufren imaginándose si en la otra navidad ya dormirán en el sepulcro.

¡ Oh Noche buena! tú traes á mi memoria las dichas pasadas, las venturas muertas, las glorias que huyeron para no volver nunca!

Era de ver cómo nos llevaban en aquellos años nuestros padres á la compra de juguetes para el Nacimiento.

Esos puestos, verdaderas barracas que todavía se alzan en esta fecha, en la más hermosa y amplia de las plazas de la ciudad, son mi delicia, porque en mudo lenguaje me hablan de cosas que amo, que no olvido y que refrescan como santo rocío mi espíritu triste y enfermo.

Esas ramas enmarañadas y erizas, cuajadas de bellotas que huelen á resina, traídas de nuestros montes cercanos; esas inmensas y húmedas madejas de heno, recogido en los viejos ahuehetes de Chapultepec, verdaderas canas de tan nobles ancianos; esas flores en forma de estrella con sus pétalos rojos lanceolados, sin aroma, pero con una poesía inmensa y que llama el pueblo "flores de Noche Buena;" las estrellas, el sol, la luna y los cometas de estaño; los hilos de plata figurando la escarcha; las cabañas de

cartón sobre rocas pintadas de blanco, remedando la nieve : los pastores de barro ; Bato con su zampoña ; Gila con la olla de migas ; Bras con la chirimía ; Arminda con el tamboril ; el árbol del bien y del mal, con la manzana prohibida ; la serpiente enroscada en el tronco, una Eva de negra cabellera que le cae sobre la espalda, un Adán con los brazos abiertos, un Herodes con su cuchilla de hoja de lata degollando á los niños y mirando impasible á las afligidas madres ; los reyes magos caminando en un elefante, un dromedario y un caballo, con sus cajas de joyas y sus coronas de oro y sus mantos de grana ; los lagos formados con pedazos de espejos, cuajados de ánades y de patos, la fuentecita que se carga de agua para que funcione como si fuera de verdad ; el molino con aspas de cuerda ; la Virgen con melancólico manto azul y túnica morada ; el San José con su túnica verde, su capa amarilla, su poblada barba y una vara cuajada de flores en la mano ; el buey y la mula con los hocicos abiertos, pintados con azarcón, como si arrojaran sangre ; los serafines de cera con las alitas doradas y plateadas, y su hebra de hilo en la cabeza, para colgarlos sobre el niño ; el portalito de clara de huevo con algodón, y su pesebre lleno de paja ; el Niño Dios de cera ó de porcelana, acostado, con los ojos muy vivos y muy abiertos, los brazos extendidos y las piernas encogidas ; todo eso lo he comprado al lado de mis padres cuando era un rapaz ; todo eso lo llevaba en un gran cesto el viejo criado de mi casa y servía para arreglar el nacimiento. ¡ Oh niños de ahora ! vosotros no sabéis todo lo que eso significa, para el corazón huérfano y envejecido por la orfandad y los dolores !

Vuestros ojos no se fijan en los de esos niños pobres, hambrientos y desnudos que os miran, no con envidia, sino con alegría, ir de la mano de vuestros padres, de puesto en puesto, de casuchita en casu-

chita, ya escogiendo las ramas, ya cambiando la mula, ya pidiendo más pastores y más estrellas ; que os siguen á donde compráis la colación, los dulces especiales de esa noche, para ver si recogen el confite que rueda, el canelón que se abandona, el tejocote que se despreció, el polvoriento y requemado cacahuete que al revasar en apretada canasta cae al suelo.

Para los niños pobres es un suplicio ; ellos no tienen en su desmantelado cuarto el mismo nacimiento que vosotros, pero compran el pito de carrizo, que echándole agua gorgoritea agudamente, y con él recorren el patio de la vecindad, y al sonar las doce de la noche, se conforman con gritar, con toda la fuerza de sus pulmones :

« Esta sí que es Noche Buena
Porque nace el Niño Dios. »

Los niños pobres cenan la clásica ensalada en que se confunden el aceite y el vinagre, las hojas de lechuga, con las rebanadas de jícama, de betabel, de naranja, de plátano, de lima y de perón, con los confites y las almendras de cacahuete.

¡ Con qué placer esos niños desnudos y pobrecitos apuran el caldo rojo de ese platillo, mientras los niños ricos saborean la copa de champagne, escuchando el amoroso brindis del jefe de la familia, que hace llorar á todos porque habla con la poesía del alma, con la que inspira la felicidad de mirar vivos, contentos y reunidos á los seres que son sangre de su sangre y alma de sus afectos !

La tradición sancionó las nueve fiestas seguidas que llamamos " las posadas. " ; Con cuánta alegría hemos cantado todos, siguiendo con una vela en la mano á los peregrinos de cera, los villancicos que conservamos en la memoria !

Los que daban la posada se encerraban en una

pieza para responder con otros versos al son del piano ó de la guitarra, después de haber cantado la letanía, y en el momento de abrirse las puertas para que José y María durmieran allí esa noche.

¡Qué algazara armábamos! Con qué arrojo nos tirábamos al suelo para recoger la colación desparrajada en la alfombra ó en los ladrillos de los corredores, mezclados niños y niñas, apartando la mano delicada de la hermana ó de la prima, que intentaba hurtarnos la mejor golosina, éramos los más avaros y toscos para la rebatinga y para la gula.

Y todo esto surge en mi memoria al ver los puestos, al oír los cantos, al pasar por una calle y ver desde la acera el iluminado salón en que se efectúa una posada de lujo ó escuchar en el zaguán de la vecindad de barrio los cantos de los muchachitos pobres.

Cuando ya todos los que nos amaban se han muerto, cuando nuestros padres duermen en el sepulcro y con ellos el hermano amado; cuando el hogar en que fuimos dichosos está vacío, la Noche Buena reviste dentro del corazón una dulce pero infinita tristeza; cada canto que se escucha, cada pandereta que suena, cada pito que estremece los aires con su aguda nota, nos obliga á suspirar y á sentir húmedos los ojos, porque nada es comparable á las venturas del hogar, ni nadie volverá á amarnos como nuestros padres nos amaban.

Recuerdo las Nochebuenas que pasé lejos de la patria. Madrid es de las ciudades que más se animan y que son más bulliciosas en esta noche. En todas las casas se cena el pavo; las pescaderías ostentan en sus escaparates los más grandes y dorados salmones que se pescan en el año; la Plaza Mayor presenta un espectáculo hermoso, pues á ella acude desde la duquesa á quien acompaña el lacayo de lujosa librea, hasta el trapero que compra su merluza y su libreta de pan. En la noche no se interrumpe el ruido en las

calles, pues el ciego que pide limosna va con su guitarra improvisando villancicos en cada puerta y el granuja que no sabe tocar instrumento alguno, toma una hoja de lata y un palo y mete un ruido capaz de enloquecer á los sordos.

En los palacios lo mismo que en las bohardillas se canta y se baila y de todos esos ruidos brota no sé qué misteriosa armonía que disipa todas las tristezas, menos la de la ausencia de la patria.

Yo que quiero inmensamente á España, que tenía allí tantos amigos, que me consideraba como en mi casa ¿por qué he de negarlo? sentí en esa noche estar ausente de México y buscaba en medio de tantos esplendores mis calles pobladas de recuerdos; estos descamisados que en la vecindad cantan y bailan el jarabe; mis puestos de heno y de lama; los nacimientos *sui generis* de nuestra clase media, la ensalada clásica á que llamaba mi padre el cajón de la basura, rociada de aceite y de vinagre y la mesa del hogar con mi inolvidable soberano que tenía su cabeza cubierta por el polvo del camino de la vida.

Quiero mucho á Madrid, les decía á mis amigos, pero en esta noche quisiera estar en México y volver mañana. ¡Oh Noche Buena! ¡Oh poema de santas y de venturosas ideas! que la civilización no extinga de entre nosotros su sencilla fiesta: que seas siempre la alegría de los hogares y la delicia de las almas. Ya, cuando suenan las doce, busco en vano la frente espaciosa que ungué con mis besos en otro tiempo. Todo se ha ido y todo, sin embargo, está vivo dentro del espíritu.

¡Oh Noche Buena! cuando tu escarcha fría y blanca como mis canas caiga sobre mi último lecho, infunde en los corazones de mis hijos ese amor que para mis padres infundiste en el mío y que no han logrado apagar los años ni las decepciones, ni el amargo conocimiento de las realidades de la vida.

Oid cómo cantan á lo lejos :

Pastores venid á ver
lo que jamás habéis visto,
en el portal de Belem
el nacimiento de Cristo.

LA SABOYANITA

Era un invierno de los más crueles, que han hecho tiritar de frío á los habitantes de la Coronada Villa. No se podía en aquel mes de Enero estar lejos de la chimenea ni salir á la calle, sin llevar el cuerpo forrado en pieles. Nevaba de día y de noche. Todas las estatuas de los Reyes que decoran el Retiro, aparecían con trajes y penachos fantásticos, formados por los copos sutiles y blancos que amontonaba sobre ellos el cierzo.

Mañana por mañana escuchaba yo al despertar, un canto triste como un lamento, y amargo como una lágrima. Era imposible que yo abriera los ojos en el lecho y dentro de mi alcoba caliente, sin que me hirieran en los oídos las notas de aquellas canciones dolorosas, que eran siempre iguales y que no acababan nunca.

Subían esas notas á mi balcón angosto desde la acera de enfrente, y tanto aguijonearon mi curiosidad, que una mañana muy temprano me acerqué á la vidriera, y quitando el vapor congelado me fijé en lo que pudiera ser causa de mis inquietudes.

No se me olvida el cuadro. Una de esas chiquillas, engendros de gitanos, que llevan en la fisonomía rasgos que recuerdan lo mismo á los ancianos y niños de la Biblia que á los errabundos representantes de la miseria turca; una chicuela que á lo más tendría ocho años, vestida de andrajos de vivos colores, con zarcillos de cuentas; con grandes ojos negros, orlados de espesas y rizadas pestañas; con nariz tan correcta y afilada como la de Esther ó Débora; con boca pequeña; de labios gruesos y encendidos; con tez bronceada y con adundante y descuidada cabellera de la que salían dos gajos cubriendo las orejas y haciendo resaltar con su negrura una especie de turbante carmesí adornado con perlas de papelillo; agitaba con sus manecitas huesosas y grieteadas por el frío, un pandero enorme con cascabeles y mugrosas cintas rojas.

Con ese pandero se acompañaba las extravagantes y dolientes canciones, cercada de dos chiquillas triqueñas como ella, de grandísimos ojos que miraban como los de un cuervo asustado. Estas niñas tenían los piecitos metidos en chapines de madera, y en cada vez que acertaba á pasar junto de ellas algún transeunte bien vestido, acompañaban el canto de la hermana mayor, dando aullidos lastimeros que no he podido olvidar al través de los años.

Recuerdo que, vivamente impresionado, escribí unos versos, poniéndoles por título el mismo que daban á la gitanilla cuantos la conocían: « La Saboyanita. »

Me partía el corazón aquel grupo de niñas arrodilladas sobre la nieve, con caras de hambre, miradas de dolor y sonrisas de desesperación profunda.

Rara vez les arrojaban monedas de algún valor,

pues siempre recogían los sucios ochavos morunos que tanto abundaron en Madrid, hasta hace muy pocos años.

Yo sabía bien que cada mañana, así se desplomara sobre las calles toda la nieve del Polo, la gitanita y sus hermanas habían de cantar pidiendo limosna.

Alguna vez las ví repartirse con alegría inusitada un pedazo de pan negro y duro que les regaló un lacayo de lujosa librea.

¡Pobrecitas! exclamaba yo, contemplantolas á mi primera hija, perfectamente abrigada en su cuna azul y blanca, mientras la más chica de aquellas tres criaturas mordía con avidez el pan sin sacudirse los plumones de nieve que se depositaban en sus hombros.

¡Dios mío! pensaba, andar en tan tiernos años mendigando el alimento, sin miedo á que ese pulmonicito embrionario estalle al helado soplo del viento del Guadarrama!

Y después de ver titiritar á aquellas infelices que volvían á cantar sus doloridas endechas, besé la frente de mi hija que abrió en esos momentos los ojos desperezándose con el deleite que producen una buena temperatura y unos abrigos blandos y suaves.

La saboyanita prosiguió cantando; sus notas penetraban en el fondo de mi alma y su expresión de melancolía profunda se me quedaba grabada en la mente con un buril de fuego.

Un día, á eso de las diez y media de la mañana, pasé por la Repostería de Lhardy y vi en uno de los escaparates un plato con un faisán convertido en galantina trufada. Entré á comprar algunos bombones y pastelillos; me encontré á algún amigo, conversamos sabrosamente saboreando un amontillado diáfano

y aromoso, y cuando volví la cara para ver de cerca las plumas doradas del cuello del faisán consabido, me encontré con tres fisonomías conocidas atentas á todo cuanto había comible dentro de los cristales.

Eran la gitanilla y sus hermanitas que encendían sus ojos negros con toda la intensidad del hambre no satisfecha en muchas semanas.

Sentí un sacudimiento nervioso, pedí al dependiente que me rebanara la galantina y me la sirviera en un plato con unos buenos trozos de pan caliente y tostado y llamé á las chiquillas con un placer extraordinario.

Me miraron las tres y no me hicieron caso. No se imaginaban para qué podía llamarlas un caballero de sombrero de copa y abrigo de pieles.

Entonces, salí á la calle, tomé del brazo á la Saboyanita y la hice entrar seguida de sus hermanas.

Las gentes que apuraban copas de Oporto, de ajeno y de cognac, me vieron cortejar á aquel grupo de miserables y se sonrieron con despreciativa ironía. No me importó nada ni nadie. Senté á cada chiquilla en derredor de una mesa; les dividí el pan y la galantina en menudos pedazos y se arrojaron á ellos como canes rabiosos, cogiéndolos con rapidez vertiginosa y masticándolos con deleite inexplicable.

Les hice servir vino tinto y luego puse en sus dentales ciruelas, higos, almendras y pastelillos, que de seguro no habían probado nunca.

Me adelanté al mostrador para saldar cuentas y de repente sentí abajo de mis rodillas como si me afianzaran tres cachorros intentando moderarme ó arañarme. Dí un paso atrás para darme cuenta de lo que sucedía, y eran la gitanilla y sus hermanas abrazadas de mis rodillas, intentando besarme los pies.

¡Pobrecitas! me desprendí de ellas, las obligué á que se retiraran, salí de la repostería y al cruzar por la calle de Alcalá alfombrada de nieve, me encontré numerosos chiquillos, nobles y ricos, arrellanados entre los cojines de seda de los carruajes, y pensé para mis adentros:

Más dichosas que estos niños ricos son en estos momentos la saboyanita y sus hermanas.

Algunas veces, creo al despertar que llegan á mis oídos, como en pasados días, las doloridas notas de aquellos tres pobrecitos serafines, cubiertos de harapos, verdaderos engendros del dolor y de la miseria.

¿Qué serán hoy con veinte años encima?

ENRIQUE DE OLAVARRÍA Y FERRARI

(DEL LIBRO « MIS AMIGOS. »)

El año de 1863 llegó á México el distinguido amigo mío, cuyo nombre engalana y avalora estas páginas. Contaba entonces veintiún años siendo ya Bachiller en Artes, graduado en la Universidad de Madrid, lugar de su nacimiento, ocurrido el 13 de Julio de 1844.

Enrique de Olavarría no llegó á buscar aventuras extrañas ni traía las condiciones que ofrecen á muchos, á precio de un bajo oficio, el logro de una fortuna. Descendiente de distinguida familia, he aquí los antecedentes de ella, tomados de un pliego impreso en España con el título de « Extracto de los méritos, servicios y circunstancias de D. Juan de Olavarría, » que tengo á la vista, y dice así:

D. Juan de Dios de Olavarría, nació en Bilbao (Vizcaya), el 8 de Marzo de 1787, y fué hijo de D. Pedro de Olavarría y de doña María Josefa de Basauri.

Después de haber hecho sus estudios patrios en Zaragoza pasó á completar su educación en Francia, Holanda é Inglaterra.

Hallándose en 1808 en este último reino, noticioso de los progresos de Napoleón sobre la península, se restituyó inmediatamente á España con el fin de abrazar la causa de la independencia nacional.

En 3 de Mayo de 1811, casó con doña María Josefa de Usábal, y de este matrimonio tuvo tres hijos, que fueron: D. Fernando, D. Alejandro y doña Carmen. Falleció su primera esposa algunos años más tarde, á efecto de las fatigas é inquietudes, causadas por las persecuciones de que fué objeto la familia y casi concluyeron con los cuantiosos intereses de fortuna legados á D. Juan, por su padre D. Pedro.

En 1813, estando accidentalmente en Montevideo, y viendo que esta ciudad, llave del Río de la Plata, iba á sucumbir á manos de los insurgentes de Buenos Aires por falta de viveres y recursos pecuniarios, la socorrió una vez con seis mil duros, y otra con nueve mil.

De regreso á España en 1814, concibió el proyecto de restablecer el gobierno Constitucional en las provincias del Norte, agregando á sus tareas al general Renovales y á D. Juan Antonio de Yandola; mas habiéndose frustrado la empresa por infidencia, fué condenado á la pena capital, perdió la mayor parte de sus bienes, y tuvo que emigrar al extranjero, después de haber puesto en salvo á los demás comprometidos en la conjuración. Á consecuencia de esta malograda empresa, su mujer, su hermana y su madre política fueron sentenciadas á diez años de encierro, después de haber sufrido cinco de cárcel, desde 1813 á 1820, en que se proclamó la Constitución de 1812, habiendo